

Rimbaud leía el Corán, pero no me es difícil imaginarlo. No estoy tan segura de que en lo profundo de su corazón Rimbaud llamara a Verlaine con el apodo de "mierda", pero es posible presentir que la relación amorosa entre estos dos hombres no fue nunca una noveleta romántica que pudiese presentarse en alguno de nuestros dos canales nacionales de televisión.

¿De qué murió Rimbaud? Ya no me importa tanto. Creo que la forma en que vivió su vida y escribió su poesía es lo crucial. Rimbaud fue un hombre digno y un poeta excelso, digan lo que digan los demás, especialmente los espíritus venenosos como el Lepelletier real o de ficción que nos presenta Mejía Rivera en su obra. En cualquier caso, el relato de este médico es muy entretenido y constituye en verdad un homenaje a ese "asesino" que fue Rimbaud, quien sin manchar nunca sus manos de sangre, dio al traste con unas formas obsoletas no sólo de escribir sino de enfrentar la vida.

MÍRIAM COTES BENÍTEZ

Canto con acompañamiento musical y drama

Melodrama

Jorge Franco

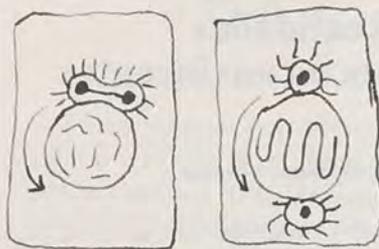
Editorial Planeta Colombiana, 2006,
Bogotá, 394 págs.

Hace unos años reseñé *Paraíso Travel*, del mismo autor¹. Una novela corta, narrada sobre una estructura muy cinematográfica, ágil y entretenida. Acusaba la formación del autor quien estudió cine en The London International Film School. Para entonces, era también Planeta la que le publicaba y lo convirtió en uno de sus autores. Ésta es una novela larga, a diferencia de las anteriores, narrada en acento paisa, al

igual que las anteriores, sórdida también, pero muy larga y, a diferencia de las demás, pierde el sabor y la agilidad cinematográfica dentro de un almacén de tiempos y voces confusa y pretenciosa;

Yo era el mismo que salía desmoronado de L'Ange Rouge a un París en pleno aguacero. No era el paso del tiempo el que nos hacía ver tan distintos y tan triturados sino las circunstancias: la de ella, un muerto que despedazaban los gusanos, y la mía, un muerto que todavía camina.

En el café ella pidió un trago. [...] Y ella, sudando frío, le respondió tráigame el que más le guste a su puta madre. [...] En París, Perla lloraba y bebía; en Medellín yo bebía de su teta, y al salir de L'Ange Rouge le puse la cara a la lluvia, abrí la boca y bebí el agua roja que caía de las nubes sucias que mojaban París de noche [...] [pág. 169]



Melodrama es una novela larga, en las entrevistas el autor afirma que se tardó cuatro años en presentarla y quiso, en sus vueltas narrativas, crear algo más complejo con un juego de tiempos que le permitiera seguir una saga, sus infortunios y desazones.

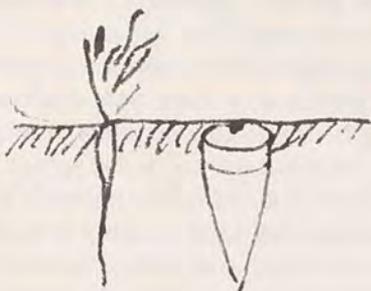
Son muchas historias alrededor de la belleza maldita del personaje central, Vidal, condenado desde su gestación. Amor, pasión, muertes, sexo, desazón y rabia se van mezclando, saltan de Antioquia a París y los personajes siguen tomando aguardiente, aquí y allá, igual de malhablados y de soeces y la atmósfera parece que se corriera como un tinglado. No es una novela fácil de leer, la trama cuesta y el lector se

tarda en encontrar el condenado a muerte, la desgracia de la familia, el tiempo se retrasa, se confunde con los delirios de los personajes, con su dolor y, sobre todo, con su rabia. Choca un poco tanta rabia, tanto resentimiento. El complejo drama humano aturde y aparece ya como un enredijo difícil de tragar.

Incesto, violación, pasión, desenfreno, alcoholismo, abuso, maltrato. Y aguardiente. Doble moral, engaño, drogas y champaña. Un mundo sórdido gestado en un municipio del occidente colombiano, en Antioquia y trasladado a París, para encerrar en cuatro paredes la misma miseria y estrechez mental de los protagonistas. Y la misoginia declarada, la imagen, tan de moda ahora después de las diatribas de Vallejo, la madre, causante de todos los males y poseedora de todos los defectos, madre-mujer, prostituta, malinche, posesiva y devoradora.

Y en este punto no se peca con las comparaciones, las nuevas generaciones han intentado sobrepasar el imaginario del realismo mágico. Ya no es un país imaginado sino el real, lleno de contradicciones, de horror, de violencia. Una sociedad corrompida por el narcotráfico y por la degradación social que este nuevo tejido social trajo consigo. Está bien. Pero por otro lado tiene que haber talento suficiente como para que los sucesos no entorpezcan y el escrito valga la pena como narración, como propuesta de estructura, como almacén, y que sea literatura, es decir, algo atemporal y sin limitaciones geográficas. En alguna entrevista Franco recalca la importancia de haber trasladado ese mundo infecto a la siempre elogiada capital francesa y el lector se pregunta para qué. Que culpa tienen los franceses del resentimiento o de la falta de dinero o de la malacrianza de los países en vías de desarrollo. Balzac, en *La comedia humana*, podía estar retratando cualquier sociedad, pues aquello que dejaba no era la creación de un escenario sino el montaje completo de personajes capaces de reflejar un mundo posible y real. En esta novela no hay un solo per-

sonaje que no sea resentido —por donde se lo mire—, no hay un trozo del escrito que no esté cruzado por insultos, o donde alguno de los protagonistas maltrate al otro o a sí mismo. No hay un espacio calmo que permita al lector entrever la creación de un mundo, sino un enmarañado escenario tumefacto y nauseabundo lleno de oportunistas que se desangran y envenenan con su propia hiel.



[...] lo más repugnante fue el olor a mierda. Ni siquiera el dolor ni el aturdimiento ni las babas de tío Amorcito en mi cuello, ni sus uñas en mis nalgas [...] Me dijo me cagaste, muchacho. Yo sentí de todo y al tiempo, arcadas, ganas de llorar, rabia, mocos sobre el labio. Él me dijo con vos todo ha sido una porquería, el primer día me vomitaste y hoy me volviste mierda [...] Él me puso en la mano un manojo de billetes, eran billetes grandes, y me dijo cuidado te equivocás de mano cuando te limpiés... [pág. 274]

Un religioso que no sólo viola a un púber sino que luego lo explota y envuelve en un mundo atroz, una madre maltratada por su propia mamá, amargada y definitivamente estúpida, una huérfana tratada a las patadas física y literalmente, un noble homosexual y pedófilo tratando de llenar vacíos, una exilada dolida, desfilan entre sus propios humores y dolores a lo largo de 394 páginas.

El asunto, claro está, no es contar una historia rosa. El autor, en diversas entrevistas, la define como la intención de resumir la descomposición social, pero la estructura no se arma, la descomposición sofoca, el dolor causa rechazo, no hay una pro-

puesta literaria en cuanto a ejercicio de creación, sobresale un resentimiento repugnante que se aleja de la literatura, los personajes no tienen fuerza suficiente y son títeres sobre sus humores; la lectura no va más allá de lo desagradable. Ni siquiera podría convertirse en un buen guion porque está repleto de lugares comunes, porque acusa el afán de publicar algo para criticar que no puede trascender como obra literaria. Es una novela de esas que ahora gustan, como gusta que venga de México Fernando Vallejo a insultar, a ofender, marcar como ladrones, incultos, débiles mentales y se le aplaude y vuelve a invitar y el público asiste encantado de que lo escupan.

JIMENA MONTAÑA
CUÉLLAR

1. Véase Boletín Cultural y Bibliográfico, Biblioteca Luis Ángel Arango, Banco de la República, Bogotá, vol. XXXVIII, núm. 56, 2001, págs. 125-126.



Realidades poco convincentes

Moldeando la bruma

Aníbal Llano

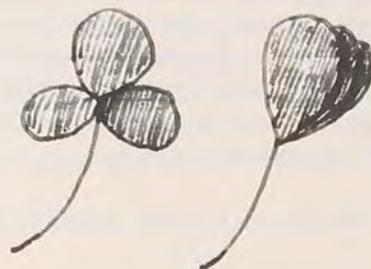
Deriva Ediciones, Cali, 2008, 202 págs.

Realidades para ser contadas

Lo que hace unos años era un mandato para los escritores, hoy parece un ejercicio de común ocurrencia en el globalizado mundo en que vivimos. Me refiero al impedimento inconsciente de escribir sobre hechos inmediatos, que se generalizó en el siglo pasado, porque se minaba la objetividad y era necesario dejar pasar el tiempo para tomar distancia y poder escribirlos de forma literaria. De esta manera se lograba sobrepasar lo meramente testimonial o referencial para llegar a lo artístico. Además, en el terreno de las ideas, se buscaba extender la capa de olvido sobre aquellos sucesos trá-

gicos para que nadie osara buscar culpables que reavivaran la hoguera o sembraran rencores sobre hechos ya superados, según los políticos de entonces.

Quienes lo hicieron por encima de esas consideraciones vieron cómo sus obras pasaron al ostracismo y al olvido, a pesar de su esfuerzo por inventar escenarios para no nombrar los reales y contar esas historias como si no fueran nuestras. Eso fue lo que aconteció con la vilipendiada literatura de la violencia que, según la crítica, no ha producido aún una obra de calidad. ¿Se referirá a una novela totalizadora o a una novela total? ¿Será posible hacerla en un mundo donde ya todo se conoce, donde hay poco por descubrir o por nombrar?



No ampliar el ejemplo de sangre para evitar tragedias futuras fue otra razón que se esgrimió para desaprobársela y reprimirla. Y ya vemos cómo estamos. El impedimento, en últimas, sirvió para sepultar con la indiferencia gran parte de la literatura que tocaba la realidad violenta del país por esos años.

Pero hoy, con los tiempos que corren, ya no existe esa orden de silencio. O, al menos, no existe de esa manera. Atravesamos una aparente libertad de escribir, sobre todo de publicar lo escrito, pero siguen la indiferencia y la invisibilidad como una disculpa bastante recurrente para ocultar aquello que no se quiere que se conozca.

Entonces, desaparecido aquel impedimento, la inmediatez se toma la escritura. Entre más inmediato sea el hecho, más aceptado su registro en la literatura o, mejor, en la producción de libros. Los lectores—to-